



Un poeta bohemio

Martiniano Leguizamón

Recorría días pasados un diario sin mayor curiosidad, cuando al pronto mis ojos se detuvieron ante esta breve información transmitida por el telégrafo con su lacónico frigidismo: «Ha muerto en Mérida, Méjico, el joven escritor argentino Martín Goycochea Menéndez.»

El diario no agregaba ningún comentario sobre aquella muerte prematura. Quizá pasó desapercibida la noticia, o bien no le conocían en la redacción y no se tomaron la molestia de averiguar de quién se trataba.

Y, sin embargo, ¡qué vida más curiosa y accidentada la de ese bohemio peregrino, condenado quién sabe por qué secreta fatalidad a cruzar melancólico la tierra tras la sombra de una dicha quimérica que no debía alcanzar jamás!...

Nacido en Córdoba -en la tranquila ciudad montañesa de las iglesias y los conventos vetustos-, un buen día, siendo aún casi un

adolescente, empezó a hacer sonar su nombre como un ruidoso cascabel con los primeros escritos, donde al decadentismo de la forma se mezclaban audaces ideas libertarias, lo que le obligó a abandonar el nativo terruño para emprender su peregrinaje de eterno forastero, en medio de las ciudades indiferentes, a que la muerte acaba de poner piadoso término.

Hoy en Buenos Aires de cronista ganándose penosamente la vida; de marinero mañana en un buque de la armada en viaje de turista hacia los mares australes; de vigilante rural otro día para nutrirse de sol y de pampa; de revolucionario uruguayo después a fin de estudiar la tierra gaucha; de yerbatero en las selvas guaraníes en seguida, rastreando las huellas del indio y del jesuita; enamorado más tarde de la figura del autócrata Francia, cuya imagen quería evocar sobre el polvo que holló su calcañar de dictador por cerca de treinta años, sin un estremecimiento misericordioso ni siquiera para su anciano padre moribundo... [107]

Aquella extraordinaria y férrea energía del bárbaro que tentara el humorismo de la pluma del gran Carlyle, debió seducir poderosamente la fantasía de Goycochea a fin de burilarla en un soneto, su forma poética favorita. Ignoro si concluyó algún trabajo sobre el particular, pues a su regreso del Paraguay sólo estuvo de paso en Buenos Aires y desapareció nuevamente para cruzar con su sombra extraña de bohemio por el asfalto de los bulevares de París, emprendiendo al día siguiente su vagabundaje a través de los mares, hasta arribar a la tierra esplendorosa de recuerdos y de leyendas de aquel soberbio príncipe Moctezuma, con que lo deslumbraron las rimas extrañas de Rubén Darío.

Tutecotzimi, Guaucmichin y las cobrizas mujeres toltecas; los bosques de esmeraldas, la montaña que guarda los ignorados tesoros, el indio cubierto de míticos tatuajes y los combates de los rudos flecheros, fueron tal vez el postrer ensueño del nómada soñador.

Y allí ha quedado inmóvil para siempre aquel pequeño cuerpo, inquieto y vagabundo, que parecía eternamente empujado hacia un misterioso más allá...

Especie de Childe Harold sin dinero, pero con su tedio fatal, con su maldición ambulatoria y su ensueño insaciado, ¡cuántas penurias no habrá tenido que soportar esa atormentada y errática vida que rodó por tantos mares y tierras extrañas sin un solo día de reposo!

Le conocí en 1900 en aquella salita de conversación de *Caras y Caretas*, que el espíritu burbujeante de Fray Mocho hacía tan amena con sus alegres charlas. Goycoechea Menéndez acababa de llegar desterrado de Córdoba; era un tipo inconfundible de escritor bohemio por las ideas y por la catadura. Hablaba poco, porque el director no le dejaba meter baza. Pero cuando lograba tomar la palabra, lo hacía con garbo, y sobre todo mentía, mentía gravemente, de una manera admirable. Como el famoso tarasconés de Daudet, contaba cosas asombrosas, narraba aventuras extraordinarias de regiones que nunca conociera, que muchas veces sólo había visto a través de un relato recién escuchado, y lo hacía, sin embargo, con tal colorido de verdad, que uno, al escucharlo, [108] no podía menos de admirar aquel prodigio de imaginación fantasista.

Y así se pasó la breve existencia, engañando o engañado, pero sin ser jamás gravoso, menospreciando el adverso destino con su

desgaire de poeta, y mientras acariciaba la quimera interior, iba tejiendo sueños el eco de su palabra que tanto prometía y que bien poco cumplió.

Quedan, empero, algunos ecos de las melodías que dejó al pasar, como hojas dispersas arrebatadas por los vientos del camino, y bien valdría la pena de que alguna mano amiga las recogiera para perpetuar una memoria que no puede sernos indiferente, porque había en él un temperamento de artista rico de emoción, un alma vibrante de poeta que sentía nuestra naturaleza y hubiera dado, sin duda, lozanos frutos consagrando a la obra artística más tiempo y reposo.

De aquella época en que yo le conocí y me interesé por su extraña existencia data la siguiente composición, su mejor obra posiblemente, porque ha pintado con pincelada feliz y duradera a la brava gauchada batalladora.

Es toda una gallarda evocación de las caballerías de la patria vieja, de aquellos montoneros hirsutos de Ramírez y de Güemes, que avanzan y se alejan dejando en las arenas del sendero las huellas de los crinados redomones... En catorce versos, admirables por la sonora armonía de sus cláusulas y el vigoroso colorido local, está pintado un cuadro genuinamente argentino.

Contribuyo por mi parte a la exhumación de las poesías del pobre poeta con ese hermoso soneto que basta para salvar su nombre del olvido. Helo aquí;

La montonera
Flamean en el viento las banderolas
y se encrespan las crines y las melenas,
y aúnan al reflejo de las arenas
su brillo diamantino las tercerolas.

Los pañuelos anudan sus rojas golas a las bravas gargantas de insultos llenas, [109] y el prepotente puño muestra las venas donde pinta la sangre violadas olas.	5
Se encabritan los potros en el sendero, las virolas responden en el apero a las dulces milongas de las cigarras,	10
y en el hinchado lomo los mocetones van llevando la carga de sus canciones pendientes de las cuerdas de las guitarras.	

Poco tiempo después me tocó formar parte del jurado en un concurso de novelas y cuentos abierto por la dirección de *El País*, en compañía de David Peña, Martín Coronado y Francisco Durá. Adjudicado el primer premio a la novela *La rendición*, de Arturo Giménez Pastor -discutido entonces por algún despechado y que llevada al teatro recientemente ha triunfado de nuevo, dándonos la razón-, entramos a premiar los cuentos, entre los cuales sobresalía uno fechado en las Misiones; sencillo como una égloga, con perfumes y melancolías selváticas. Se titulaba *Guarany*, y decía bien su asunto de sabor añejo, con su título salvaje. Era la obra de un poeta. Abierto el sobre para descubrir al autor, resultó ser de Martín Goycochea Menéndez. Son las únicas composiciones que le conozco, y pienso que ambas son dignas de la recolección.

Después no lo vi más; apenas si de tarde en tarde en alguna charla de amigos alguien daba una vaga referencia venida de las regiones más distantes. El bohemio seguía su eterno peregrinaje llevando a la grupa la insaciable quimera.

¿Tedio de la vida, misantropía, manía ambulatoria o anhelo de ver más y siempre más?...

¡Quién lo sabe! ¿Y para qué lanzarse en averiguaciones psicológicas sobre los misterios de esa alma buena, si ése era precisamente su rasgo característico? Hay que dejarlo como fue, con su leyenda aventurera de sombra fugaz, que cruzó por el mundo sin hacer mucho ruido, y que se ha ido con su quimera en viaje a la isla del Ensueño, llevándose el arcano de una vida que nadie logró penetrar jamás...

Lo chistoso sería que esta muerte noticiada por el cable, nos resultara mañana uno de los tantos viajes imaginarios del fantasista Goycoechea, y que un buen día resucitara vagabundeando entre las ruinas de California o comiendo mariscos allá, sobre la ribera del mar donde la enamorada Rarahú de Pierre Loti lloró a raudales su perdido amor.

La verdad es que el caso no deja de hacerme cavilar; y bien, si ocurriera, siempre tendría que agradecerme el haberle dado tema para que nos hiciera la patética descripción de sus funerales, los que seguramente no tendrán de verdad más que este melancólico responso

2010- Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo